

# La Zurda

por **Gonzalo Moure**

**E**sta tarde me han propuesto escribir un cuento para esta revista y he aceptado. Me he ido a dar un paseo con los perros. Quería pensar despacio y decidir en qué cuento podía empezar a trabajar. Al salir de casa, hacia la ría, me he encontrado con Sindo. Vivo en el campo, en Asturias, y tengo dos yeguas con las que, antes, solía salir a pasear con amigos y niños del pueblo. Uno de éstos es Sindo, un niño de 11 o 12 años. Le enseñé a montar cuando aún no había cumplido los 10, aunque luego se cayó y tomó un poco de miedo. Ahora me doy cuenta de que, cuando le he visto hoy, he tenido la sensación de que me estaba esperando. Eso sí, desde el primer momento, y aunque siempre fue un chaval muy serio, esta tarde me parecía que le pasaba algo. He tenido que insistir para que admitiera que sí, que le había pasado algo, y aún más para que me lo contara.

Ahora es de noche y llueve. Del mar sube un rugido hueco. Por ahí abajo, en el molino de mareas, hemos estado sentados esta tarde, Sindo y yo, un buen rato. Pongo música para que me haga compañía. La noche es oscura y aquí, en esta casa vieja, todo cruje cuando hace viento. Y hoy lo hace. Sindo suele ir con sus amigos a jugar hacia el mar, porque así ve desde los acantilados la barca de los Gachupines, que suele faenar muy cerquita de la costa. Los Gachupines es el mote con el que se conoce a la familia de Sindo. Un día, hace unos meses, a Sindo y a sus amigos se les ocurrió ir a dar un paseo hacia el interior, en dirección a La Roda. Es una zona de bosques oscuros y rincones misteriosos. En uno de ellos hay una casa medio en ruinas que siempre se dijo que era de una bru-

ja. La llamaban, a la supuesta bruja, la Zurda.

Yo nunca he creído que la Zurda fuera una bruja de verdad. Nació el 2 de enero de 1801, según es muy recordado por aquí, porque ir a nacer con el siglo y retrasarse exactamente un día fue considerado un mal augurio. Como hacía todo con la mano izquierda, la apodaron así, la Zurda. Todo el mundo en el pueblo murmuraba a su paso, desde niña. Así creció. La Zurda no debía de hacer mal a nadie, pero como después de la muerte de su madre vivía sola, fue creándose cada vez peor fama. Cuando pasaba algo malo, todas las culpas iban a parar a ella. Se cuentan muchas historias de la Zurda, la mayoría, seguramente, inventadas. Yo tengo un recuerdo vago de que, cuando niños, nuestros padres nos desviaban si pasábamos cerca de su casa: «Niños, por ahí no».

Dicen que la Zurda murió el día que el hombre pisó la Luna, lo cual es imposible, porque entonces hubiera tenido 160 y pico años, pero puede que la que murió el día de la llegada a la Luna fuera su hija, no lo sé. En fin, desde que el hombre pisó la Luna la casa está deshabitada, cayéndose poco a poco. A pesar del miedo que la casa inspira a los niños de la comarca, Sindo y sus amigos se hicieron los valientes y se metieron en ella. La casa tiene un aire romántico y muy misterioso, entre pinos, nogales y castaños. En el dintel de la puerta hay una fecha del siglo pasado y por dentro está pintada de colores distintos, con hermosas cenefas modernistas adornando cada habitación. Ver la casa con el tejado hundido y las ventanas desvencijadas es muy triste, porque uno casi nota la vida que hubo en ella tiempo atrás. Los co-

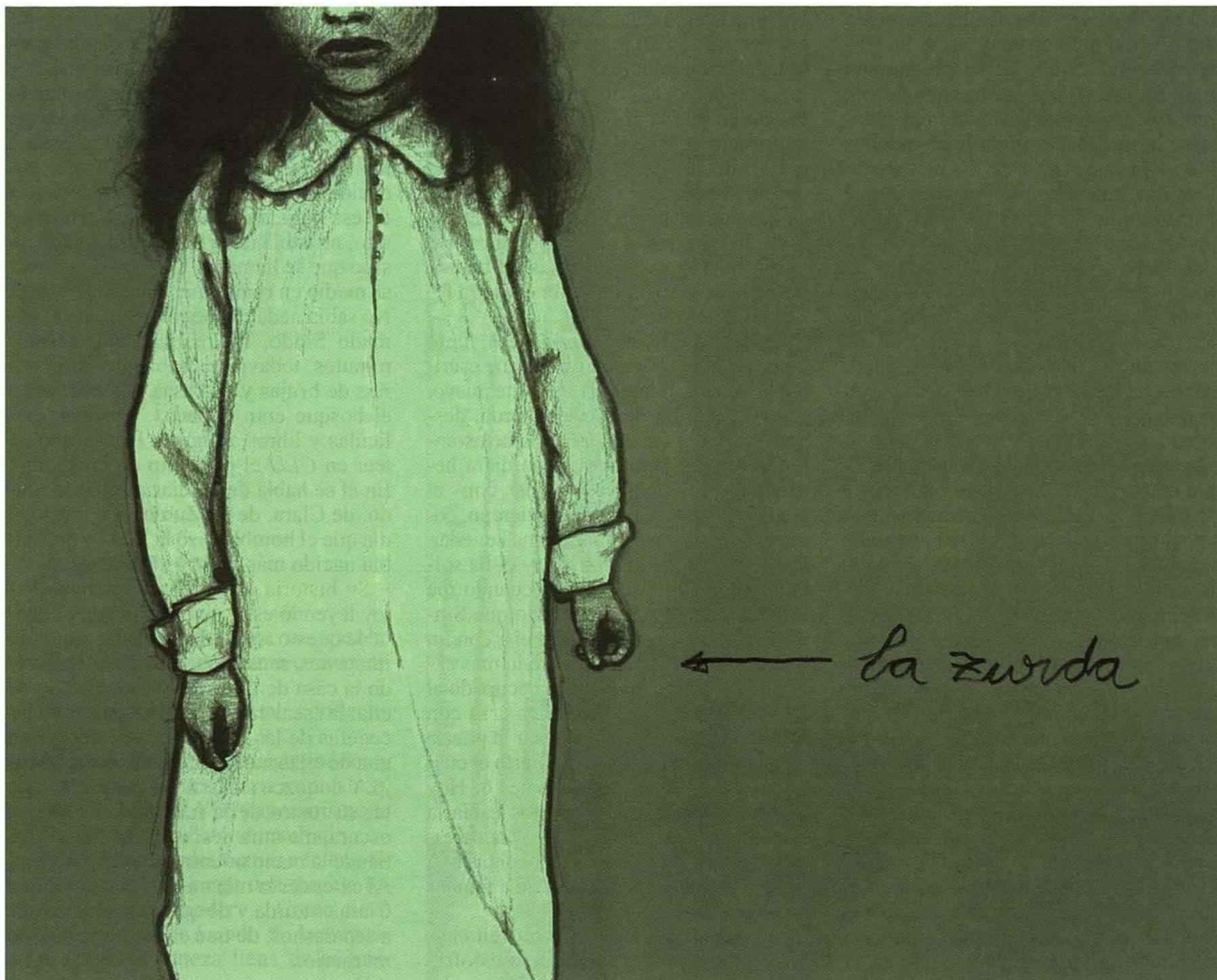
lores alegres, entre las ruinas, producen aún más tristeza.

Mientras sus amigos curioseaban por la planta baja, Sindo fue subiendo con cuidado, por la escalera, que está medio podrida y no es segura. Hay una habitación a la que se le ha desplomado ya casi todo el suelo, pero que tiene todavía la cama en equilibrio, a punto de caer al piso de abajo, y una cómoda. Sindo entró en la habitación con algo de miedo y ya iba a bajar cuando vio un cuaderno, de tapas duras color sangre, en la cómoda. Pero no estaba viejo, ni siquiera lleno de polvo. Lo abrió y leyó en la primera página: «Jueves 23. Hoy he conocido a una niña. Se llama Clara y vive cerca de La Roda».

Nada más. Había más páginas escritas, pero Sindo dice que no quiso seguir leyendo al darse cuenta de que era un diario. Dejó el cuaderno donde estaba y bajó con cuidado por los escalones podridos de la escalera, preguntándose quién podía ser su dueño. Al bajar vio que sus amigos ya se iban por el camino del bosque. Iba a seguirlos, cuando apareció una niña. Lo que más le llamó la atención fue que no la había visto nunca. No iba al colegio del pueblo porque, dice Sindo, se hubiera fijado en ella. Llevaba un vestido muy pobre, pero la niña era una preciosidad. O al menos eso le pareció a él. Le brillaban los ojos cuando me lo decía.

Lo típico: «Hola hola, ¿vives por aquí?, sí, yo también... ¿Cómo te llamas?». Sindo me ha mirado muy serio, reconociendo que dio un respingo cuando la niña contestó que se llamaba Clara.

No me ha costado mucho imaginar el susto de Sindo. Acababa de leer el diario en el que alguien había escrito que había



NOEMÍ VILLAMUZA.

conocido a una niña que se llama Clara, y al cabo de un rato le pasaba lo mismo. Sindo dice que no se acuerda muy bien de lo que hablaron. Al final ella le dijo que tenía que irse y, eso es lo que más le llamó la atención, se encaminó hacia la casa del bosque. Él caminó unos metros, en dirección al pueblo, pero cambió de idea y se fue detrás de ella, hacia la casa de la Zurda.

No vio a la niña. Llegó hasta la casa y hasta llamó en voz alta, pero nada. Entonces subió otra vez a la habitación de la cama en equilibrio. Allí estaba el cua-

dero rojo, encima de la cómoda. Lo cogió, lo abrió, y volvió a leer: «Hoy he conocido a una niña que se llama Clara. Vive cerca de La Roda». Iba a pasar la página cuando se dio cuenta: la fecha. Ponía jueves 23, sin mes ni año. Y era, exactamente, jueves 23. Se metió el cuaderno rojo en el bolsillo y salió corriendo, escaleras abajo. Y siguió corriendo por el camino del bosque. Dice que oía voces susurrando entre los árboles, pero ya se sabe lo que pasa cuando uno corre con miedo por un bosque en penumbra. (Ahora mismo, si quito la música, el

viento parece traer voces del camino del molino de mareas. Pero son figuraciones más, sin duda).

Sindo dice que esperó hasta que estuvo seguro de estar solo y a salvo. Ya por la noche, en la cama, abrió de nuevo el diario, no sin un poco de temor. Volvió a leer la primera página y por fin pasó a la siguiente. Decía, más o menos: «Viernes 24. He vuelto a la casa del bosque. He estado solo un buen rato, sentado junto al pozo, con mucho miedo porque escuchaba ruidos en la casa, pero no eran más que crujidos de la madera vie-

ja y algún pájaro. Por fin ha aparecido Clara. Venía del bosque y no se ha sorprendido de verme. Le he preguntado por qué no va al cole y se ha encogido de hombros. Luego me ha contado la historia de la mujer que vivía hace muchos años en la casa, la Zurda. Lo más extraño es que, mientras me iba contando la historia de la Zurda, yo tenía la sensación de conocerla... ¡como si la hubiera leído! Pero yo sabía que no la había leído y que era la primera vez que la escuchaba. Es una sensación muy rara: a medida que ella hablaba yo sabía lo que iba a decir un segundo más tarde. Al final, cuando ha dicho que la Zurda murió el día que el hombre pisó la Luna, Clara ha llorado. Nos hemos despedido, pero yo le he prometido volver. Hemos quedado para mañana en el mismo sitio».

No leyó más; cerró el diario y se pasó la noche pensando en Clara. El viento ha comenzado a soplar con fuerza esta misma tarde. Estábamos sentados en el muro del molino de mareas, y el sol se ponía, entre nubes, sobre Castropol. He tenido que sacar a Sindo de sus recuerdos para volver hacia el pueblo. Mientras lo hacíamos me ha contado lo que yo ya esperaba: que volvió al día siguiente, viernes 24, a la casa del bosque, y se encontró con Clara, y Clara le contó la historia de la Zurda, y a medida que escuchaba la historia él la recordaba dentro del recuerdo...

Era lo mismo que estaba escrito en el diario, todo idéntico; parecía que lo hubiera escrito él mismo después. Sindo se preguntaba cómo era posible que en el cuaderno estuviera escrito lo que le iba a pasar al día siguiente. Cuando Clara acabó de contar la historia de la Zurda, Sindo salió de allí a toda prisa, sin apenas despedirse de la niña, muy asustado. Sólo pensaba en volver a su casa para seguir leyendo el diario rojo.

Pero cuando llegó a su habitación, el diario no estaba en el cajón en el que creía haberlo dejado. Lo buscó por todos lados, sin encontrarlo. Y le entró miedo. Una mezcla de miedo y de duda. Sin el diario, ya no estaba seguro de nada. Durante un buen tiempo, un par de semanas, no volvió a la casa del bosque. Disimulando, preguntó por la niña del bosque, pero nadie la conocía. Hasta que un día, no hace muchos, se decidió a

volver a la casa de la Zurda. Subió por la escalera aguantando el miedo, entró en la habitación hundida... y allí estaba, en la cómoda, el diario rojo, en el sitio exacto en el que él lo había encontrado la primera vez. Lo cogió, se lo metió en el bolsillo sin abrirlo, bajó las escaleras tan rápido como pudo, oyendo ruidos a su espalda, y salió corriendo por el camino del bosque. Cuando por fin abrió el diario, vio varias páginas en blanco después de la segunda y, por fin, otra fecha: miércoles 6. Y luego...

Tengo el diario aquí en la mesa, junto al teclado del ordenador en el que escribo. Y es verdad que está bastante nuevo. Sindo me lo ha dejado esta tarde, después de dudar un rato. Cuando he extendido la mano para que me lo diera hemos estado unos segundos con el cuaderno agarrado al mismo tiempo, como si los dos nos lo quisiéramos quedar. Por fin yo he dado un tirón, y él ha soltado. Y puedo asegurar que cuando me lo he quedado me ha parecido que Sindo respiraba con alivio. Sonreía, con un brillo insano en sus ojos. Pero lo más extraordinario ha sido lo que ha ocurrido al quedarme solo. He entrado en casa con los perros, pero antes de cerrar la puerta no he podido aguantar: he abierto el cuaderno y... Dice así: «Miércoles 6: Hoy he ido a pasear con los perros hacia la ría, para pensar en qué cuento puedo escribir para *CLIJ*, y me he encontrado a Sindo, un chaval al que enseñé a montar a caballo hace un par de años...».

¡Y sigue! Después de entrar en casa he continuado leyendo con un escalofrío todo lo que acabo de escribir, y me ha quedado la convicción de que esta noche tenía una cita siniestra en la casa de la Zurda. Siguiendo un impulso he llamado a los perros y he salido otra vez al camino con la intención de arrojar el cuaderno al mar desde el molino de mareas, tan rápido como pudiera, como si fuera un tizón al rojo vivo. Ya era de noche cerrada y el viento soplaba cada vez más hondo, levantando un coro de aullidos del fondo de la ría. He llegado al molino, he sacado el cuaderno y ya lo iba a tirar al mar. Pero en el último momento he encendido la linterna y me he dicho que sería sólo una página. Al leerla, me he dado cuenta de que es una página que no me pertenece. Esa segu-

ridad me ha producido un gran alivio.

Me dispongo a copiar la página para ti, lector, con la misma sonrisa insana y un poco esquiva que tenía Sindo cuando se despedía de mí, después de que yo me quedara el diario entre los dedos. Estás a tiempo. No sigas leyendo. Pero si has decidido seguir, ésta es la copia exacta de esa página del diario rojo: «Hace un rato, no sabía nada de la Zurda, ni de un sitio que se llama La Roda, ni de una casa medio en ruinas que hay en el bosque. No sabía nada tampoco de un chaval llamado Sindo. En realidad, hace pocos minutos, todavía pensaba que las historias de brujas y de casas misteriosas en el bosque eran bobadas. Cosas de películas y libros antiguos. Pero acabo de leer en *CLIJ* el principio de un cuento. En él se habla de un diario rojo, de Sindo, de Clara, de la Zurda, que murió el día que el hombre pisó la Luna y que había nacido más de 160 años antes...».

Su historia es extraña y maligna. Estoy leyendo estas líneas y me doy cuenta de que no recuerdo palabras: recuerdo imágenes, sensaciones, miedos. Recuerdo la casa de La Roda y cada detalle de ella: la escalera podrida, los colores y las cenefas de las habitaciones... Sé que en una de ellas me aguarda un cuaderno rojo. Y conozco a Clara. No me puedo quitar su rostro de la memoria. Es guapa, oscura, me mira desde la sombra... Y me tiende la mano mientras me dice: «Ven». Al extender la mía me doy cuenta de que Clara es zurda y de que ya nunca vamos a separarnos, de que el cuaderno rojo es mi diario.

Hay otras páginas, muchas, pero me he abstenido de leerlas. Ya no me pertenecen. Son tuyas, lector. Yo he arrojado el cuaderno rojo al mar. También podía haberlo quemado; da igual. Te está esperando cerca de aquí, en la casa del bosque, cerca de La Roda. Un día averiguarás cómo se va hasta allí. Irás. No tengas prisa, pero tampoco intentes evitarlo. Ahora sabes, como yo, que la Zurda tenía un nombre. Sabes que se llamaba Clara. Clara de Rueda. Murió el día en el que el hombre pisó la Luna. Que seas muy feliz. Que seáis muy felices, Clara y tú. Tal vez nos conozcamos un día, tal vez no. Yo me siento sereno. Tú has leído y yo he descansado. Es tu turno.

Ahora, me voy a dormir.